

*¿En qué caballo se fue el Diablo pá' Santa Fe?*

*Coplera popular*

El hombre caviló un momento ante mi pregunta. Echó para atrás el pelo junto con la memoria y eligiendo las palabras, pero con otros ojos, habló pausadamente.

--Una sola vez. En tantos años de andanza por los caminos, a cualquier hora del día y de la noche, con cualquier tiempo que hiciera, solo o acompañado, una sola vez, le repito, vi algo que me metió miedo. Y le explico eso del miedo para que me entienda mejor. En esos años yo era muchacho y tenía, digamos, una cierta guapeza. Guapeza de copar un naipe, de sostener una mirada fuerte o de contestar por décima alguna copla medio intencionada. También alguna de a pie, pero a puño limpio, porque mí condición de andarín me había enseñado que en ese ambiente de juntadores, crotos, peones y boliches cuando se sacaba un arma había que estar dispuesto a usarla con todo... Bueno, le digo que en cualquiera de esas, y de otras ocasiones, más allá de lo que indicaba la cara, adentro mío sentí miedo. Sería porque alcanzaba a atisbar la muerte o apenas la bronca; miedo a que me marcaran mi cara moza o miedo, nomás, al hombre que tenía en frente, porque hay hombres que meten miedo. Pero en esas ocasiones y por lo que me acuerdo era cuestión de endurecer el cuerpo y hacer la pata ancha, esperando que la cosa ni durara mucho ni pasara a mayores. Cierto que a veces el asunto era feo, como cuando me tocó estar en el medio de un tiroteo de matones en un boliche, sin tener arte ni parte. Desde adentro de una barrica de fideos, adonde me había zampado cuando noté que la cosa iba en serio, vi como dos hombres se disparaban con treinta y ocho largo a seis o siete metros de distancia y como un balazo degolló a uno...Tardé mucho tiempo en olvidar el grito, la voltereta, los estertores y la sangre... Pero como le decía, con todo, esos fueron miedos de momento, al cuerpo, carnales se diría, ¿no?...

Lo que quería contarle hace a otra cosa, es otro miedo que no deja lugar a la mente ni al pensamiento y solamente al grito. Aprieta de adentro y uno se siete enfrentado a fuerzas que no conoce. Fíjese que no me embalo con lo sobrenatural ni con lo mágico, sino que hablo de cosas

que no se conocen y que están lejos de los hombres. Si le digo infernales ¿estaré exagerando ...?

La cosa fue así. Por esos años, como ya le dije, yo crotiaba por la llanura. Iba de pueblo en pueblo con un compañero con el que hacíamos un duo cómico-musical, y con eso puchereábamos. Cuando no había trabajo artístico peonaba en las chacras y las estancias. Dos semanas aquí, un par de meses allá, después en otro lado. Así, a los tumbos, recorrí casi todo el oeste de la Provincia, y el sur de Córdoba y Santa Fe.

Había ido a dar con la guitarra y los huesos a la zona maicera de Casilda en la esperanza de hacer unos pesos con la junta y desde allí empecé recorrer pueblitos y estaciones que ya ni me acuerdo el nombre. Así estaba una tarde en un boliche perdido en una esquina donde hice unas cuantas monedas pasando la gorra después de una milonga con floreo, cuando me anoticiaron que, en una estancia cercana necesitaban peones para la junta del maíz. Los Informantes me, hablaron del apuro de la gente y de la seguridad del trabajo, por lo que pedí que me indicaran dirección y distancia y me dispuse a salir al tranco. No había más de tres leguas metiéndole por la calle hacia la mancha, azulada de la arboleda que se veía lejos. Caballo no tenía, así que me despedí de la gente, agradecido y empecé a caminar. Serían como las cinco y media o seis de la tarde de finales de otoño, por lo que tenía buena luz pero a poco de andar se me ocurrió que si había tres leguas por la calle, cortando recto la distancia se reduciría a menos de dos. Me paré en el alambrado y vi que el campo en dirección a la estancia parecía de pasto bajo y suelo firme, así que me encaramé en un poste, salté y enderecé para los eucaliptos.

Como a la hora de andar advertí que al frente tenía un bajo como de una legua de ancho, con una laguna en el medio, orillada de cortaderas. Para rodearla se pasaba cerca de un ranchito que se veía junto a un extremo, solo y sin un árbol. No pensé mucho porque volverme ya no tenía sentido así que apuré el paso hacia el rancho, que debía estar como a media legua. El bajo era profundo, y a medida que me metía los últimos rayos de luz, que alumbraban en el borde, se iban cambiando por sombras cada vez más oscuras, acentuadas por esas nubecitas que aparecen inesperadamente sobre la puesta del sol. No era todavía noche cerrada pero sí un crepúsculo bastante oscuro. Al frente, a medida que el rancho se agrandaba, se iban elevando una nieblas desde las orillas de la laguna aunque, cosa curiosa, recuerdo que no había

mosquitos. Dentro mío algo comenzó a sentirse inquieto y noté impresionado que había un silencio total. La casa, yo resultaba evidente a la distancia a la que me encontraba, era una tapera. A mi pesar se me empezó a poner la piel como de gallina. Para colmo el pastizal, en el camino que llevaba, se había hecho muy alto y empezaba a cubrirme y a ponerse muy cerrado. Me desvié unos metros maldiciendo ya de no haber, seguido por la calle y, al mismo tiempo, procurando no dejarme impresionar por el ambiente, porque lo que son tapers yo había conocido muchas y las noches a campo raso y oscuro ni las podía contar. Pero no había caso, algo en el sitio metía miedo. Me afirmé el cuchillo verijero y metí la mano en el mono de croto para agarrar un revólver treinta y ocho corto, con cachas de nácar, que había ganado en una jugada. Apuré y alargué mucho los pasos. Cuando iba llegando a la altura de la tapera se había adelantado la oscuridad -estaba justo en el fondo del bajo- pero una cierta claridad, como de neblina, permitía ver algunos metros adelante. Sin saber por qué me detuve un momento. El silencio era grande. Me di cuenta que estaba tenso y asustado como nunca.

De pronto, a dos metros de distancia, el pastizal alto que me flanqueaba se abrió de golpe, sin un ruido que lo anunciara. Un animal enorme, un perro monstruoso y negro como el carbón, se me abalanzó de un salto. Atiné a atajarme con la mano izquierda mientras que con la derecha hacía un disparo a cualquier parte. El tiro resonó como un cañonazo al mismo tiempo que el hocico del animal tocó la muñeca de la mano con que me cubría; era de un frío atroz, mucho mayor que de hielo y me penetró como un cuchillo cuerpo adentro. En el relámpago del salto y antes que se perdiera sin ruido en las matas del otro lado, el engendro me miró a los ojos. Los tenía rojos como brasas y parecían festonear la brutal cabeza oscura.

Creo recordar que, en medio de mi terror, dominado por ese miedo tan distinto que le mencionaba antes, corrí a todo lo que daba sin mirar hacia atrás. La articulación de la muñeca donde me había tocado no la sentía -ni la sentí por un par de horas- y a los tropezones repeché la otra cuesta del bajo. Cuando llegué al borde, en el horizonte había unos dorados de sol, los últimos, que daban algo de luz al llano. Temblaba de pies a cabeza y apenas si alcancé a divisar la mancha de los eucaliptos de la estancia, bastante más cerca. La mano del revólver la tenía agarrotada sobre el arma, pero no había vuelto a disparar. En el fondo del bajo la neblina borraba los pastizales y la tapera era una mancha clara y difusa.

Como una hora después llegué a la estancia. Se asombraron de mi aspecto y tuve los consabidos tes con ginebra. Los paisanos, en rueda, me miraban fascinados y, después de escuchar mi relato, abundaron en detalles respecto al sitio maldito que todos evitaban y donde, según decían, se había ahorcado un hombre mucho tiempo atrás. Respecto al perro nadie supo dar noticias de la existencia de un animal así en leguas a la redonda. Para dos o tres viejos, que se persignaron con devoción, no había duda: se trataba del mismo diablo. El capataz y el mayordomo, que se habían hecho presentes al barullo, confirmaron con su silencio y algún movimiento de cabeza la mala fama del lugar.

Me quedé trabajando un tiempo en la estancia. Resultaron buena gente. Desde ya que no volví por la tapera. Ni allí ni en ningún otro lugar, volvió a, pasarme algo parecido- ¿Habrán sido mi miedo y algún perro cimarrón los que me aterrorizaron aquel atardecer o quizás, como afirmaban los paisanos, se trataba del mismo Diablo ?...' Pasaron más de cuarenta años y todavía me erizo al recordarlo...

Con el fogón de por medio, esto me contó Manuel Garialde una noche. Yo le creí.